

autor; su memoria aun está fresca; sus obras por lo mismo les parece exentas de todo error; y si alguno observaran, quizá no tendrían la imparcialidad bastante, la energía que debe caracterizar al crítico ilustrado, para señalar con mano firme las contradicciones, las equivocaciones, las faltas en que el autor puede haber incurrido. Bastante respetuosos para con la memoria del autor y para con el público, han sido fieles en la traducción, hasta sacrificar en algunos pasajes la fraseología española, á fin de no desvirtuar las ideas originales. Que México acepte esta versión con benevolencia; que este libro dé á conocer como era, al hombre que por breves momentos tuvo en sus manos el porvenir de nuestra patria; que cesen las preocupaciones que contra su memoria hayan podido nacer, y habrémos tenido la satisfacción de rendir á sus manes el mas digno homenaje.

Los Traductores.

RÁPIDO ESTUDIO SOBRE LA OBRA

I

En medio del grupo de verdes islas regadas por el Mediterráneo, que formaron la antigua Grecia, y en la metrópoli de su ciencia y poderio, los que se llamaban hijos de los dioses acostumbraban reproducir, con la terrible verdad y con el respeto profundo de un rito religioso, la historia de sus padres y de sus dioses, en esas tragedias de gigantes, cuyas escenas se desarrollaban á la luz del sol, en medio de los bosques y de las montañas, sirviéndoles de fondo el limpio azul del cielo helénico. Cubrían los actores su rostro de un antifaz que abultaba sus facciones; vestían luengos y vistosos trajes, y calzaban el coturno, que aumentando su estatura, hacíalos aparecer de gigantescas proporciones á los ojos del pueblo que los escuchaba con religioso silencio. Allí Sófoles hizo interpretar su fatídica creación de Edipo rey, y allí las matronas griegas lloraron sobre las cenizas de Ajax.

Pasó y murió la civilización griega: con ella cayeron sus dioses y sus templos, sus teatros y sus decoraciones: enmudecieron sus coros, intérpretes del corazón del pueblo; y sobre tantas ruinas, de entre las que la Historia

apénas ha alcanzado sacar ilesos algunos nombres, suena una voz al través de los siglos, extranjera hoy en el mundo, pero en todas sus partes con santo respeto escuchada, la voz de los poetas, que nos hace comprender al hombre y al siglo y á la civilizaci6n en que vivieron.

El destino del drama griego reproducese dia á dia en el terrible drama de la vida humana. Preséntanse en él esos gigantescos actores, que se llaman emperadores y reyes, grandés capitanes ó soberbios conquistadores, á cuyo rededor se agrupan los pueblos fascinados: á poco pasan y desaparecen; y al desnudarse de sus prestadas vestiduras, si solo legan sus nombres escritos sobre las piedras tumulares, que forman las páginas del gran libro de la Historia, esos nombres son á lo más, el epitafio de muertas generaciones, que el anticuario se detiene á descifrar entre los escombros de las edades.

Solo el acento de la inteligencia y del corazon del hombre, que habla al corazon y á la inteligencia de la humanidad, domina el estrépito que forman las alas del olvido que bate el Tiempo en su vuelo hácia la eternidad. En vano buscaríamos los nombres de los héroes de Maraton y Salamina, entre el polvo de ruinas calcinadas, si no los oyésemos de los labios de Xenofonte y de Tucydides; pero cuando así el silencio envuelve y oculta los altos hechos de los guerreros, vibran aún directamente en nuestros oidos, ya cadenciosos, ya enamorados, ya terribles y solemnes, ya graves y severos, los acentos de Safo y de Anacreon, de Eurípides y de Homero, de Esquiles y de Demóstenes. Del siglo de Augusto llega á nosotros el eco de la voz de sus poetas, miéntras el esfuerzo de

diez generaciones no ha sido bastante á evitar el derrumbe de un solo arco del derruido Coliseo Romano.

El poeta sobre el drama, el hombre sobre el actor, la inteligencia y el corazon sobre las glorias humanas; y presidiéndolo todo, la fatalidad pagana, ó el designio providencial de los cristianos: hé aquí los grandes hechos que se desprenden en la historia de la humanidad, y que se han presentado á nuestros ojos con vivisimos detalles al recorrer las páginas de este libro, y tomár la pluma para escribir, en cumplimiento de nuestro propósito, el juicio que hemos formado de esta obra, cuya traducci6n ofrecimos de buena voluntad, y como un presente de cariño á nuestros compatriotas.

FERNANDO MAXIMILIANO, el autor de este libro, mecido en la cuna de los Hapsburgos, bajo el dosel que sombreó la frente de Carlos V, y colocado en la primera grada del trono secular del Austria, no es en las páginas que van á leerse, ni el sucesor de un Emperador, ni el fundador de un Imperio, ni el redentor de un pueblo, ni el mártir de una raza. Olvidando su antifaz y su coturno, y sus régias vestiduras; léjos del gran teatro de la vida pública, en el silencio de su cámara de marino ó de su alcoba de principe, sintió la noble exigencia de ser algo más que un rey, algo más que el actor en el drama de los pueblos; y fué el hombre de clara inteligencia, de corazon noble, y bajo el dictado de la una y del otro, consignó dia á dia sobre el papel de su libro de recuerdos, las impresiones del jóven y el fruto de las meditaciones del que siente sobre su alma el peso de fatales y sombríos destinos.

Poeta y marino, el autor de este libro sueña y medita. En cada página describe, de una manera nueva siempre, el suelo que pisa, el aire que respira, el horizonte que le rodea, la luz que le alumbra, el árbol que le dá sombra, y aun el insecto zumbador que arrulla sus ensueños de poeta ó turba sus meditaciones de filósofo. Detalles de actualidad, que con las galas del buen decir, son la delicada filigrana que adorna las hojas de su libro. Pero tambien, al hollar cada piedra de esos pueblos, que viven de sus tradiciones, mira á cada paso levantarse, como al influjo de un conjuro, las sombras de otros tiempos; y entre las fogatas, á cuya luz los lazaroni devoran los característicos macaroni, vé dibujarse la sombra de Massaniello, como mira levantarse la de Virgilio sobre su clásica tumba de Sorento, y la de Boabdil entre los desiertos corredores de la ruinosa Alhambra.

En medio de esos detalles del presente y de esos fantasmas del pasado, hay, sin embargo, para nosotros los que ofrecemos al público este libro, una figura más íntima, más detalladamente descrita en él, que creemos viva y animada aún, cuya voz nos figuramos oír, cuyas palabras quisiéramos saber interpretar, y que, sin embargo, al escribir estas líneas, es tambien solo una sombra que se levanta de la tumba: esa figura es la del autor de este libro. Edipo, Massaniello, Boabdil, nombres que se han escapado á nuestra pluma, y con cuyos ropajes la fatalidad, el odio y la desgracia lo vestirán en el teatro de la Historia, que solo escribe la verdad sobre el polvo de muchas generaciones, no va á ser para nosotros mas que el hombre de clara inteligencia, de noble y caballeroso co-

razon, calidades que él tuvo en más valía, que su título de nieto de cien reyes. Y vamos á ocuparnos de él, porque al juzgar el libro de sus RECUERDOS INTIMOS, el alma que le da vida, enlace y originalidad, no es mas que el corazon y la inteligencia que dictaron sus páginas.

Abrese este libro de los Recuerdos de Fernando Maximiliano, en el mes de Julio de 1851, y sus primeras líneas, escritas á bordo del "Novara," lo fueron cuando el ilustre viajero contaba apenas 19 años de edad. Nápoles y Florencia, Cádiz y Gibraltar, y Granada, y Cartagena, visitadas en tres meses de ese año, forman un bello panorama, en cuya descripción el corazon del jóven se desborda en cada detalle, y rompe de una vez esa armadura de impasible acero con que en las viejas monarquías de Europa se cubre el pecho de los príncipes. La educación aristocrática separa á las razas privilegiadas de la naturaleza y de la humanidad; y por eso, cuando bajo el influjo de temperamentos excepcionales, ó al choque de esas tempestades que han arrancado á tantos reyes de sus tronos, el hombre vuelve á la naturaleza y al hombre su hermano, la novedad del espectáculo y el sentimiento de su origen acercan al príncipe de la tierra á Dios y á la humanidad, y dan vida á las simientes de la adoracion y de la fraternidad, que se desarrollan cuando las fecundiza el viento de la libertad, y que inspiran el himno de la ala-

banza y del amor, á corazones que, como el de Antígona, fueron formados para amar y no para aborrecer.

A medida que la estela de la embarcacion que le conduce, le aparta del trono á cuya sombra pasó su niñez, el corazon y la palabra del viajero se impregnan en ese perfume que llevan consigo las brisas del Mediterráneo, y que parecen, bajo el sol de los climas meridionales, infiltrar en el alma ese ardimiento, ese amor á la libertad, que fué el rasgo característico de pueblos esclavos hoy, y que ayer fueron las repúblicas de Grecia y de Roma. El jóven, sintiendo agitarse su alma con el vigor del hombre primitivo, describe cuanto ve y cuanto siente; déjase arrastrar por la fogosidad de su imaginacion de poeta, y reniega, sin comprenderlo, de sus tradiciones políticas y de raza; olvida á veces sus hábitos germánicos, y deja percibir esa lucha primera entre el hombre y el príncipe, que forma el drama vivo, oculto en las páginas de su libro, que son en la superficie solo las notas sueltas de unas impresiones de viaje.

Nada se hallará de nuevo en la descripción de los lugares, si no es la pluma que los describe. ¿Quién que ha atravesado el Océano, no ha subido al cráter del Vesubio, á mezclar su respiracion de pigmeo, con la compasada respiracion del gigante de fuego? ¿Quién no ha visto, ó conoce la patria de Galileo y de Miguel Angel? ¿Quién ignora dónde está y qué es el gran puerto español, fundado por los colonos de Tyro; ni á quién son desconocidas Granada y la Alhambra, con sus leyendas moriscas y sus melancólicas tradiciones de un pueblo, al que han sobrevivido las flores que plantó en sus jardines? No busquen

nuestros lectores en este libro, ni un curso de geografia ni de historia, ni piensen que á los ojos del viajero que visitó esos lugares durante pocos dias, hayan descubierto los monumentos ó las ruinas, misterios que hayan escapado al estudio de los siglos. Si algo de nuevo se halla en estas páginas, es ya un celaje con que el sol se cubria al hundirse en el golfo de Nápoles, ya la estrecha jaula de un pájaro solitario, que forma el adorno de la humilde celda de un monje; tal vez el nombre ignorado del mundo, de un matador español, pero sobre todo, la historia de las impresiones que en el corazon de un príncipe aleman producian la naturaleza y Dios, el hombre y la humanidad, con quienes por primera vez se pone en contacto, y tal como se dan á conocer y se desarrollan en los climas meridionales.

Fernando Maximiliano, al tomar la pluma para escribir sus impresiones de viaje, ha podido decir, con más razon tal vez que el gran poeta de la Francia: "pintemos;" y él ha hecho más: ha trasladado al papel el paisaje y el pintor. Bajo el punto de vista literario, el mérito indisputable de este libro está en las descripciones, y el de éstas en sus detalles. Todas ellas tienen esa verdad de colorido, de contornos, que hacen ver á traves de las páginas, donde solo hay líneas matemáticamente iguales, los cuadros inmóviles ó agitados de la naturaleza, con la gradacion nunca repetida de tintas y murmullos, con sus armonías infinitas de los sonidos y los reflejos, de los perfumes y los colores.

Si de los cuadros de la naturaleza pasamos á la descripción de los espectáculos característicos de cada pue-

blo, conocemos poco que iguale en fidelidad y animacion á la detallada descripción de la corrida de toros en Sevilla, que ocupa una buena parte de las páginas consagradas á sus recuerdos de España, y que termina con el reto del corazon entusiasmado por el valor y el arrojo á la flemática civilizacion de los hombres de su estirpe. Para comprender al hombre, es necesario completar ese cuadro con el diverso de la corrida de toros de Lisboa. Quanto hay de entusiasta admiracion en el primero, tanto hay de amarga burla y desprecio en el último. Ante el valor salvaje, pero grande y terrible, que sonríe frente á frente del peligro, el viajero aplaude al arrogante lidiador español; ante la farsa ridícula y cruel del juglar portugués, la sangre le horroriza, y solo asoma á sus labios la sonrisa del desprecio.

Pero donde resaltan sin duda mas las dotes del escritor y del hombre, es en la descripción de los hombres y de sus caracteres. A proporcion de que mas viaja, se encuentra más y más libre su inteligencia y más independiente de sus tradiciones el juicio que forma de sus ilustres huéspedes; y para comprenderlo así, basta comparar la descripción de la corte del rey Fernando con la de la de Doña María de las Glorias. Hay en ésta, especialmente, al lado de observaciones ligeras que traicionan al jóven, sobre la obesidad de su real pariente, rasgos tan delicados al juzgar al ilustre esposo de ésta, que hacia llamarse majestad fidelísima, y daba la bendicion á los súbditos de su esposa, que como en esas pinturas de *doble efecto*, se deja ver dibujada la menguada figura del rey consorte, sin que haya una sola frase, una palabra sola que herir pueda su susceptible orgullo aristocrático.

Si á vuelta de esas bellas descripciones, se examina con la fria imparcialidad de la crítica, el estilo en que está escrito este libro, y si no se ha convertido en insulsa paradoja el envejecido axioma de que el estilo es el hombre, tal vez graves y severos cargos podrian hacerse al que, abusando de una imaginacion ardiente, sembró demasiado de flores y de adornos, páginas destinadas á aparecer ante el mundo, cubiertas con los blasones mas antiguos de la heráldica. A los que nacen para reyes, no es permitido ser hombres, ni ménos poetas. Cada una de sus palabras debe salir vaciada en el molde convencional de la diplomacia; y las inspiraciones del corazon, las galas del buen decir, deben sacrificarse á las medidas frases de las conveniencias políticas. Y no importa que el príncipe de la casa de Austria tuviese apenas veinte años cuando visitaba la isla de Madera. La juventud tiene que abdicar sus fueros ante las graves posiciones sociales.

Pero esos cargos, que justificados aparecerán á los ojos de algunos, son tal vez los que mas enaltecen á los nuestros, al autor de este libro. Si el estilo es el hombre, ese hombre, con su alma de poeta, rompió los valladares de su posicion; y dejando correr su pluma sin mas guía que su inspiracion, coloreó su estilo con esos mil tintes orientales que reunió en su paleta de pintor, al recorrer los pueblos que aun guardan en su idioma las reminiscencias de los primitivos lenguajes figurados. Tal vez porque cuadran mas á nuestra imaginacion y á nuestro oído, educados en la florida escuela de los poetas meridionales, lo que mas apreciamos en este libro, bajo el punto de vista literario, es el estilo, que forma un notable contraste,

cuando pensamos, que esos giros completamente orientales, que esas descripciones recargadas de atrevidas ó delicadas metáforas, fueron primitivamente escritas en alemán, idioma flexible y sonoro, pero distante y mucho de los idiomas meridionales, que con sus raíces latinas, se prestan mas á la entonacion melancólica de la poesia sentimental.

Y á veces, cuando sin tener á la mano el original alemán, hemos recorrido en la traduccion francesa algunas de las páginas mas coloridas de este libro, hemos creído encontrar en su estilo y en su fondo, algo que revela ese consorcio, forzado y terrible en el orden político, de la Alemania meridional y de la Italia. Hemos recordado que Fernando Maximiliano, fundador de Miramar, residencia italiana, en su nombre y en su estructura, levantada sobre el golfo de Trieste, alimentó su corazon en su niñez, su inteligencia en su juventud, con los clásicos estudios de la artista Italia, y asimiló así su espíritu germánico con el de la raza latina, á la que invariablemente consagró las mas bellas páginas de su libro y la sangre mas pura de sus venas.

Y tal vez, esta que para nosotros no es mas que una hipótesis, sea mas tarde para la historia la clave de graves revelaciones, que no es de nuestro propósito ni indicar siquiera, sirviéndonos solo por ahora para señalar las raíces del estilo del autor, y del carácter esencialmente poético de su libro, que estamos seguros ha de ser eminentemente simpático para los jóvenes no viciados y con especialidad para el sexo que tiene en su mano el cetro de la imaginacion y del amor.

Pero esa calidad, esencialmente latina del libro de Maximiliano, hémosla visto en cuanto al estilo más detalladamente marcada, al comparar la traduccion francesa, sobre la que hemos calcado la nuestra, con la inglesa que sirve de original á nuestro apreciable amigo el Sr. Elizaga, en la edicion que publica al mismo tiempo que la nuestra. Al pasar al inglés la obra de Maximiliano, ha perdido muchos de sus rasgos característicos, y parece que las flores sembradas en Nápoles y Florencia, en Albania ó en Mato Virgun, se secaron al pasar bajo el cielo nebuloso de Albion, sin que hayan sido bastantes á devolverles su gala y lozanía, las dotes literarias del eminente traductor español. Esto es tal vez, porque el elemento sajón no es simpático para este libro, difícil de ser comprendido por los que no tienen el corazon fundido por el calor del sol del Mediodia.

III.

Mas grave, y más importante, la parte seria de este libro, la que no ha dictado ni el genio del artista, ni la inspiracion del poeta, á la que no se ligan los preceptos literarios, ni se refiere solo á la descripcion pasajera de los hombres y de las cosas, merece de nosotros un examen detenido y formal, porque es el que sobre la portada de estas obras formará el retrato moral del hombre, que ligó la parte fatal de su destino á los destinos de nuestra patria. No nos proponemos la vindicacion del hombre político: escribimos sobre una tumba, que no se